

«Tucídides: panorama actual (1986)» *

JUAN ANTONIO LOPEZ FEREZ
UNED (Madrid)

1) Para el filólogo clásico y el estudioso de la historia antigua, Tucídides ha sido, desde siempre, un escritor de primera magnitud. El primero se ha sentido atraído desde antiguo por la peculiar lengua y estructura literaria de la historia tucidídea. Por su parte, los historiadores han tenido en Tucídides la principal fuente, cuando no la única, para una etapa crucial en la historia de Grecia. En verdad esto es algo que viene sucediendo ininterrumpidamente desde la época helenística y romana. Nuestro siglo ha leído con especial fruición al historiador de la guerra del Peloponeso, queriendo ver, en las líneas esenciales de su obra, alguna luz para comprender numerosos hechos económicos, políticos y bélicos, especialmente tras las dos terribles guerras mundiales.

Tucídides, es cierto, continúa siendo un clásico, es decir, un modelo estudiado y leído con interés desde los más diversos ángulos y enfoques. El gusto por su obra aumenta de día en día. Los especialistas atienden no sólo a lo que dijo, sino también a cómo lo expresó; a su calidad como historiador plenamente consciente del momento que le tocó en suerte vivir; a su completa dedicación a escribir la mayor guerra que hasta entonces se había conocido, objetivo en aras del cual renunció a muchos detalles marginales o secundarios.

Nuestro propósito es ofrecer un panorama actual sobre los estudios en torno a Tucídides, procurando referirnos a los principales aspectos de forma y contenido. Nos limitamos a lo publicado en los últimos cuatro lustros, concretamente desde 1967. Efectivamente, en estos años han aparecido numerosos estudios, algunos de ellos excelentes, que han

* En marzo de 1986 se elaboró y entregó este trabajo, como homenaje al profesor S. Montero Díaz.

ayudado a enfocar desde nuevas perspectivas al gran historiador. Revisaremos, siquiera sea brevemente, en este apartado los, a nuestro entender, principales trabajos, libros, especialmente, por no citar artículos ni tesis no publicadas.

En 1967 publicó Von Fritz su excelente estudio sobre la historiografía griega¹, donde tantas ideas sugerentes sobre nuestro autor podemos leer.

En 1968 P. Huart² nos mostró nuevas vías de estudio en la obra tucididea, a la que consideró eminentemente psicológica, ya que pone en el comportamiento de los hombres la causa esencial de los sucesos. Gracias a Huart estamos mejor informados sobre cómo aplica Tucídides al análisis psicológico términos médicos, jurídicos y retóricos; acerca del sufijo *-της* con claro valor psicológico; del la importancia del pensamiento, la observación y la previsión en el análisis psicológico de los acontecimientos. Del mismo año son el trabajo de conjunto editado por H. Herter, un estudio de F. Bizer³ sobre la importancia y función de la «arqueología» y una importante contribución de H. D. Westlake⁴, dedicada a examinar cómo trata Tucídides a las personalidades dentro de su historia (Westlake nos dice que en una primera parte —hasta V,25— los personajes tienden a ser idealizados y no se vislumbran en ellos detalles biográficos ni caracteres, cosa que sí sucede en la segunda parte —desde V,25—. Se examinan personajes importantes como Pericles, Formión, Cleón, Nicias, Alcibiades, Arquídamo, etc.).

En 1969 sobresale una publicación de H. Flashar⁵ que considera a Pericles como un simpatizante de la oligarquía, poco amigo de Tucídides. En el epitafio, según Flashar, Pericles y Atenas aparecen en el momento más esplendoroso de su poderío, pero caracterizados ya por la ambición y el exceso. Si toda la obra de Tucídides pretende destacar la caída de Atenas, dice, como consecuencia del exceso de poder que engendra a la desmesura, el epitafio muestra el momento culminante de tal ideología de poder destinada a hundirse rápidamente.

En 1970 aparece el magnífico trabajo de O. Luschnat⁶, verdadera síntesis de los estudios sobre Tucídides hasta el momento. En este mismo

¹ K. VON FRITZ: *Die griechische Geschichtsschreibung*, I (1 y 2), Berlin, 1967. Ver especialmente I, pp. 527-823.

² P. HUART: *Le vocabulaire de l'analyse psychologique dans l'oeuvre de Thucydide*, París, 1968.

³ *Thukydides*, ed. H. Herter, Tesis, Tübinga, 1937.

F. BIZER: *Untersuchungen zur Archäologie des Thukydides*, Darmstadt, 1968.

⁴ H. D. WESTLAKE: *Individuals in Thucydides*, Cambridge, 1968. Posteriormente, publicó, *Essays on the Greek Historians and Greek History*, Manchester, Univ. Press., 1969, donde las pp. 1-60 están dedicadas a nuestro escritor.

⁵ H. FLASHAR: *Der Epitaphios, seine Funktion im Geschichtswerk des Thukydides*, Heidelberg, 1969.

⁶ O. LUSCHNAT: «Thukydides der Historiker», *RE*, Pauly Wissowa, Supl. 12, 1970, cols. 1085-1354. Posteriormente, «Thukydides. Nachträge zu Suppl. 12. (1085-1354)», *RE*, Supl. 14, 1974, cols. 760-786.

⁷ L. CANFORA: *Tucidide continuato*, Padua, 1970. Posteriormente ha recogido una serie de artículos de varios autores en *Erodoto, Tucidide, Senofonte, Letture critiche*, ed. L.

año L. Canfora⁷ escribió acerca de diversos aspectos del libro V, como tendremos ocasión de ver. También A. G. Woodhead⁸, a partir de una serie de vocablos relativos al poder (Κράτος, θάρσος, γνώμη, περιουσία) presenta a Tucídides como si fuera un escritor amoral atento solamente a analizar los mecanismos implacables del poder, comparando a personajes tucidideos como Pericles o Alcibiades con políticos como Churchill o Garibaldi.

En 1973 sobresale el excelente libro del gran estudioso K. J. Dover⁹, que pasa revista a la autoría de Tucídides: estilo, problemas de composición, discursos, actos e intenciones en la obra, juicio personal de Tucídides, etc. Del mismo año es la interesante obra de conjunto sobre los discursos de nuestro autor editados por P. Stadter¹⁰. También el libro de V. J. Hunter¹¹, que quiere ver en Tucídides un mero seguidor de Heródoto en la manera de organizar los materiales y en entender la historia, según esta autora, como una repetición de materiales, tipos, caracteres, sucesos, etc.

De 1974 es la publicación de C. Schneider¹², que destaca la estrecha relación entre pensamiento y acción en la obra tucididea y sostiene que el historiador interpretaba el curso de los acontecimientos en los discursos y en la narración subsiguiente a los mismos.

En 1975 L. Edmunds¹³ intenta, de modo harto simplista para nuestro gusto, ver en Atenas un buen modelo de τέχνη y γνώμη, encarnada en la figura de Pericles; en cambio, la τύχη tendría como representante a Esparta, especialmente, a Arquídamo.

En 1980 D. Proctor¹⁴ revisó la cuestión tucididea (unitarios y analíticos), deteniéndose en las distintas etapas de la composición de la obra, especialmente en el epitafio, la descripción de la peste y los discursos. De las mismas fechas es el trabajo de G. Schepens¹⁵, que dedica el tercer capítulo de su estudio a nuestro historiador, considerándolo el fundador de la historia moderna por tratar los asuntos de su propio momento histórico. Dice de él que distingue dos maneras de conocer los hechos: directamente, o informándose de quienes los han presenciado. Del

Canfora, Milán, 1975. Interesante también es L. CANFORA: *Teoria e tecnica della storiografia*, Roma, 1974.

⁸ A. G. WOODHEAD: *Thucydides on the nature of power*, Cambridge (Mass.), 1970.

⁹ K. J. DOVER: *Thucydides*, Oxford, 1973. Del mismo autor, «La composición de la obra de Tucídides», en *Estudios de Historia antigua*, Madrid, 1976, pp. 9-29.

¹⁰ P. STADTER: ed. *The Speeches in Thucydides*, N. Carolina, Univ. Press., 1973. Recoge importantes contribuciones de W. C. West, H. P. Stahl, H. D. Westlake, etc.

¹¹ V. J. HUNTER: *Thucydides. The artful reporter*, Toronto, 1973.

¹² C. SCHNEIDER: *Information und Absicht bei Thukydides*, Gotinga, 1974.

¹³ L. EDMUNDS: *Chance and intelligence in Thucydides*, Harvard, Univ. Press., 1975.

¹⁴ D. PROCTOR: *The experience of Thucydides*, Guildford, 1980.

¹⁵ G. SCHEPENS: *L'autopsie dans la méthode des historiens grecs du V siècle avant .C.*, Bruselas, 1980. A examinar 1,22,2 dedica gran parte de su estudio.

mismo año es otra contribución que se ocupa del imperio ateniense y de su presentación en la obra de Tucídides ¹⁶.

En 1981 apareció, entre otros, un importante libro de H. R. Rawlings III ¹⁷, del que tendremos cumplida ocasión de hablar cuando tratemos de la composición de la historia tucididea. También es de entonces el magnífico volumen V del Comentario histórico de A. W. Gomme ¹⁸; un buen libro de J. Alsina ¹⁹ y otro de N. Marinatos ²⁰, más otro trabajo sobre los discursos de nuestro autor ²¹, son también de ese año. (Mencionemos entre los artículos publicados en España en estos años los de: J. Alsina ²², J. Calonge ²³, A. Díaz Tejera ²⁴, J. S. Lasso de la Vega ²⁵, A. López Eire ²⁶, J. J. Sayas Abengochea ²⁷, etc.) Interesantes comentarios y ediciones han aparecido también ²⁸.

2) Al comenzar a tratar los problemas de forma y estructura literaria conviene recordar que la obra tucididea, como tantas otras griegas, nos ha llegado *sin título concreto*, como bien vio A. Kleinlogel al estudiar la historia del texto de Tucídides en la Edad Media ²⁹. Puede sostenerse que el arquetipo manuscrito del siglo IX d..C., al final de cada

¹⁶ A. GIOVANNINI-G. GOTTLIEB: *Thukydides und die Anfänge der athenischen Arche*, Heidelberg, 1980.

¹⁷ H. R. RAWLINGS: III, *The Structure of Thucydides' History*, Princeton, Univ. Press., 1981. (Hemos reseñado este trabajo en *Epos*, 2, 1985.)

¹⁸ A. W. GOMME-A. ANDREWES-K. J. DOVER: *A historical commentary on Thucydides, vol. V (VIII Book)*, Oxford, 1981. (Reseñado por nosotros en *Epos*, 2, 1985.)

¹⁹ J. ALSINA: *Tucidides. Historia, ética, política*, Madrid, 1981.

²⁰ N. MARINATOS: *Thucydides and Religion*, Königstein, 1981.

²¹ M. COGAN: *The human thing. The speeches and principles of Thucydides' History*, Univers. Chicago Press, 1981.

²² J. ALSINA: «Historia y política en Tucídides», *Emerita*, 38, 1970, pp. 329-349; «En torno a la cuestión tucididea», *BIEH* 5, 2, 1971, pp. 33-41; «Tucidides, un moderno», *AFFB* 1, 1975, pp. 13-32. Ha publicado, además, una selección de fragmentos, *Tucidides. Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, 1976.

²³ J. CALONGE: «Tucidides, intérprete de una situación histórica y sociológica», en *Tres temas de cultura clásica*, Madrid, 1975.

²⁴ A. DÍAZ TEJERA: «Relevancia dialéctica de Tucídides en el recitado», *Habis* 4, 1973, pp. 9-22.

²⁵ J. S. LASSO DE LA VEGA: «Reflexiones en torno a la explicación de textos», *Homenaje a Menéndez Pidal*, RUM 1969, pp. 179-207.

²⁶ A. LOPEZ EIRE: «Del ático a la koiné», *Emerita* 49, 1981, pp. 377-392 y «Tucidides y la koiné», en *Athlon. Homenaje a F. R. Adrados*, Madrid, 1985, pp. 245-261.

²⁷ J. J. SAYAS ABENGOCHEA: «La arqueología de Tucídides, esquema de comprensión de un desarrollo histórico», *Estudios de Historia económica I*, RUM 20, 1971, pp. 23-36; «La revolución de Corcira», *HAnt* 1, 1971, pp. 179-195.

²⁸ *Thucydide, Livre VIII*, texto establecido por E. Delebecque, Aix-en-Provence, 1967. *Thucydide, La guerre du Péloponnèse* (Livres II-III), texto establecido y traducido por R. Weil y la colaboración de J. de Romilly, París, 1967; obra de estos mismos, V (livre VIII), París, 1972.

Recordemos, también, a A. W. Gomme-A. Andrewes-K. J. Dover: *A historical commentary on Thucydides, vol. IV (Books V,25-VII)*, Oxford, 1970.

Ha concluido la edición y traducción al catalán de la *Història de la guerra del Peloponès*, VIII, texto revisado y traducido ahora por M. Balasch, Barcelona, 1982. Importante es la edición parcial de *Thucydides Historiae I-II*, ed. J. B. Alberti, Roma, 1972.

²⁹ A. KLEINLOGEL: *Geschichte der Thukydides Text im Mittelalter*, Berlín, 1965.

libro, insistía diciendo *Θουκυδίδου ἱστοριῶν α',β'*, mientras que el hiperarquetipo *β* tenía por título *Θουκυδίδου συγγραφῆς*. En época alejandrina se habría puesto a la obra el nombre de *Θουκυδίδου ἱστορίαι*, que terminó por imponerse de algún modo a lo largo de los siglos.

3) Al considerar el texto tucidideo como *obra incompleta* la prueba externa más clara es la frase final de algunos manuscritos: [«cuando se acabe el invierno que sigue a este verano se cumple el año veintiuno»]³⁰, añadido probablemente tardío, pues no consta en el arquetipo del siglo IX. Que la obra acabe de forma abrupta, indudablemente a causa de la súbita muerte del historiador, es algo en que todo el mundo está de acuerdo. Sin embargo, a diferencia de lo que hasta hace años se venía diciendo sobre que, al no poder terminar Tucídides la redacción de su libro, el editor que lo pusiera en circulación habría añadido cosas por su cuenta, hoy es opinión prácticamente unánime que, precisamente, ciertos pasajes mal encajados con el todo y algunas evidentes incoherencias sintácticas y de contenido son producto de la falta de una revisión final³¹.

Difícil, por tanto, es hallar pruebas internas respecto a ese carácter incompleto de la obra, pues no debe olvidarse nunca la posibilidad de que el historiador haya reservado para la revisión definitiva el comunicar hechos que hasta entonces no había incluido en su relato, o corregir algunos pasajes, o añadir o quitar algo, es decir, actuar y proceder tal como lo hace cualquier escritor actual.

Antes de entrar en la composición literaria, recordemos que los efectos de la crítica analítica, es decir, la que ha querido ver en la obra de Tucídides rasgos internos que confirmarían su carácter incompleto, siguen estando de moda en algunos estudiosos³². Además, como habremos de referirnos a ella a continuación, es pertinente rememorar los principales argumentos que se han esgrimido para intentar probar el carácter incompleto de nuestra obra: 1) los discursos faltan en VIII y en la mayor parte de V; 2) en IV, V y VIII aparecen documentos históricos sin retoques estilísticos, es decir, tomados directamente de las fuentes contra las normas de la historiografía.

Luschnat³³, buen conocedor del texto, de la forma y el contenido de Tucídides, ha dividido todo el escrito en cinco partes (A) Proemio e introducción; B) guerra arquidámica; C) paz incierta; D) guerra de Sicilia; E) guerra decélica y jónica), distribuyendo por años las páginas de su edición de la Teubner³⁴, y llega a la conclusión de que no hay homogeneidad ninguna en el reparto del contenido, mientras que la minuciosidad está distribuida por toda la obra, siempre y cuando los hechos la requieren. Así, en VIII los años veinte y veintiuno ocupan 34 y

³⁰ VIII, 109, 2.

³¹ DOVER: *Thucydides*, p. 19.

³² Por ejemplo, VON FRITZ: *op. cit.*, I, 1, pp. 265 ss.; 2, pp. 591, 595 y 779.

³³ LUSCHNAT: *art. cit.*, col. 1113-1132.

³⁴ *Thucydides Historiae*, post C. Hude, ed. O. Luschnat, Leipzig, 1954.

35 páginas, respectivamente, más o menos el mismo espacio que el consagrado a los años siete y ocho, con 32 y 41 páginas. Sostiene, además, que si la sección E carece de discursos es porque el período histórico que abarca era mucho más complejo que el dedicado a la guerra de Sicilia, por ejemplo, y no era nada fácil organizarlo desde el punto de vista del pensamiento ni de la acción. De otra parte, si en C hay un capítulo³⁵ dedicado a las parénesis de los estrategos antes de la batalla de Mantinea, puede afirmarse que hay en su composición una voluntad artística por parte de Tucídides.

Otro punto importante en que conviene insistir es el tocante a la presencia en la historia tucididea de documentos sin retocar o pulir artísticamente. Se acepta hoy que los textos publicados en piedra permiten al historiador una libertad mayor de elaborar discursos que los documentos de archivo. El escritor podía reservarse el derecho de ofrecer los documentos elaborados artísticamente o de presentarlos casi al pie de la letra. Es bien sabido, por otro lado, y en ello se ha hecho hincapié en estos últimos años, que Tucídides consideró los documentos más bien λόγοι que ἔργα, pues se ha visto que los menciona casi siempre con términos referentes a la esfera semántica de los verbos de «hablar» (λέγειν, εἶρηται), o simplemente los titula λόγοι³⁶. De todo ello resulta borrosa, cuando menos, la diferencia de función entre documentos y discursos.

4) Respecto a la *composición* se está de acuerdo³⁷ en que al estudiar la obra tucididea no abordamos simplemente un capítulo importante de la Literatura griega, sino que nos encontramos ante un ejemplo sumamente interesante de composición literaria, si tenemos en cuenta que el historiador, que escribió desde el mismo comienzo de las hostilidades³⁸ una guerra que resultó durar veintisiete años, se planteó en algún momento la conveniencia de dar forma definitiva a los sucesivos apuntes y borradores que había ido tomando desde el principio. Así, resultan compatibles las palabras del historiador de haber comenzado a escribir nada más declararse la guerra, con el hecho probable de que toda la obra haya sido escrita después del 404, al menos en el orden y forma con que nos ha sido transmitida.

Hoy se ha dado de lado casi definitivamente a la *crítica analítica*, que había seguido en Tucídides el mismo criterio que el aplicado a los poemas homéricos, intentando ver en nuestro autor contradicciones, omisiones, capas de distinta cronología, indicios de antigüedad, etc. No obstante, algún estudioso como Von Fritz³⁹ se ha mostrado demasiado imbuido de criterios analíticos cuando se pregunta sobre la posibilidad

³⁵ V,69.

³⁶ IV,16,1.

³⁷ DOVER: *Thucydides*, pp. 14 ss.

³⁸ I,1,1.

³⁹ VON FRITZ *op. cit.* I,1, pp. 757 ss.

de ver en Tucídides huellas de la modificación de criterios y puntos de vista a lo largo de la redacción de la obra.

Mucha mayor atención se viene dedicando a Tucídides como verdadero *innovador* en la historiografía de su tiempo ⁴⁰, pues resulta ser el primero: en dedicarse a acontecimientos que precisamente estaban aconteciendo entonces y en los que él mismo intervino; en rehusar referir todo lo que no es absolutamente seguro; en preferir definitivamente las pruebas escritas a las orales; en introducir una nota de austeridad en su obra.

Se viene comprobando, asimismo, que la diferencia entre Heródoto y Tucídides es sólo gradual, pues se ha confirmado la veracidad del primero en casi todos los documentos que menciona ⁴¹. Ambos coinciden, entre otras cosas, en ir más lejos de lo que permitían las narraciones y crónicas de los sucesos locales. Pero las diferencias entre ellos son también palmarias: Heródoto se mueve en el terreno épico y mítico, mientras que Tucídides se ciñe a la naturaleza humana; aquél mira con delectación el pasado, éste, en cambio, se limita estrictamente al presente; el primero gusta de numerosos excursos, pero el segundo es parco en palabras y sólo acude al pasado cuando se trata de corroborar alguna afirmación sobre los sucesos presentes.

Dover ⁴² ha dedicado gran atención a la composición de la obra de Tucídides, y la ha dividido en cinco secciones:

A) Prólogo y sucesos antecedentes	Libros I
B) Años 1-10	II-V,25
Repartidos así:	
B ₁ 1-3	II
B ₂ 4-6	III
B ₃ 7-10	IV-V,24
C) 11-15	V,25-84
D) 16-19	V,84-VIII,2
E) 19, 20 y parte del 21	VIII,3-109

Pues bien, en C y D faltan los discursos, pero se ofrecen seis documentos sobre tratados. Por otra parte, los textos de tratados se citan palabra por palabra en B₁, C y E. Si en C y D no hay discursos, no

⁴⁰ Ver A. MOMIGLIANO: «History and Biography», en *The Legacy of Greece*, ed. M. II. Finley, Oxford, pp. 155-184. Importantes son también sus estudios: *Essays in ancient and modern Historiography*, Oxford, 1977 y *The Development of Greek Biography*, Cambridge (Mass.), 1971.

⁴¹ Es exagerada la opinión de D. FEHLING: *Die Quellenangaben bei Herodot. Studien zur Erzählkunst Herodots*, Berlín, 1971 al afirmar que cuando Herodoto escribe frases como «afirman los griegos», «se cuenta», «dicen unos...», inventa todas esas fuentes. Por el contrario, Momigliano insiste en la autenticidad de los documentos aportados o apuntados por el historiador. (Véase el primer trabajo de nota 40.)

Por otro lado, respecto al carácter innovador de la obra tucididea, en la que, no obstante hay algunos excursos, cf. WESTLAKE: *Essays...*, pp. 1-38.

⁴² Ver nota 9. Una distribución algo diferente encontramos en GOMME: vol. V, pp. 389 ss.

es por falta de ocasiones propicias para ellos ⁴³, sino porque el historiador prefiere dar resúmenes cortos de lo que en tales ocasiones se dijo. La sección E es la menos revisada de todas, pues se acumulan en ella una serie de circunstancias: falta de discursos, documentos citados literalmente y detalles poco revisados.

En las secciones B₁ y D encontramos las omisiones históricas más relevantes ⁴⁴, pero bien pudiera tratarse de una selección subjetiva por parte de Tucídides respecto a datos secundarios para el objetivo fundamental de su obra.

Sobre el tan debatido sintagma *ἀληθεστάτη πρόφασις* ⁴⁵ se había dicho repetidas veces que era una inserción posterior. Que en una primera redacción Tucídides había tenido a los conflictos de Corcira y Potidea como causa real de la guerra, mas, una vez acabada ésta, creyó que «el motivo más verdadero» del conflicto bélico había sido el miedo de los lacedemonios ante el poderío ateniense. Hoy, una vez más, los estudiosos insisten en que la famosa frase estuvo siempre en su sitio, pues precisamente nos hallamos, literariamente hablando, ante un buen modelo de *Ringkomposition* ⁴⁶. Se ha dicho ⁴⁷, además, que *πρόφασις* puede ser quizá un mero sinónimo de *αἰτία*, mencionada algo antes ⁴⁸. Lo cierto es que la frase está totalmente engarzada con lo anterior, pues «el motivo más verdadero» está en consonancia con la declaración de guerra mencionada en el texto precedente ⁴⁹ y coincide plenamente con lo que se dirá más adelante ⁵⁰ respecto al temor de los lacedemonios a que los atenienses acrecentaran aún más su poderío.

En verdad, Tucídides discrepó de sus contemporáneos al atribuir la guerra a una causa que no era la comúnmente admitida ⁵¹. La postura

⁴³ En V,30 hay una embajada espartana en Corinto. En V,69 se nos presentan las exhortaciones a las tropas en la batalla de Mantinea; en VIII,27 Frínico disuade a sus colegas...

⁴⁴ El aumento gravoso de los impuestos ocurrido en 425 en la sección B₁; la intromisión de Atenas en la rebelión de Amorges, en la sección D.

⁴⁵ I,23,6.

⁴⁶ I,23,5-6, donde se nos habla de *αἰτιαὶ καὶ διαφοραὶ* (5)/*ἀληθεστάτη πρόφασις* (6)/*αἰτία* (6). Véase R. KATICÍĆ: «Die Ringkomposition im ersten Buche des thukydídischen Geschichtswerkes», *WS* 70, 1957, pp. 179-196.

J. ROMILLY: *Thucydide et l'imperialisme athénien*, París, 1951(1947), pp. 21-55, tras estudiar detenidamente el libro I, concluyó que «el motivo más verdadero» había estado siempre en el lugar que ocupa, pues Tucídides, frente a la opinión corriente de su época (Cf. *Acarnienses* 425 y *Paz* 42 como testimonio dado por Aristófanes) de que la culpa de la guerra había sido el decreto megárico, sostuvo que había una serie de causas próximas (Corcira y Potidea) y una razón más antigua (la existencia del imperio ateniense desde el final de las guerras médicas). Concluía Romilly diciendo que «no hay ninguna parte del libro I de donde esté ausente la idea de "el motivo más verdadero"».

⁴⁷ DOVER: *Thucydides*, p. 16.

⁴⁸ Dos líneas más arriba en la edición de *Thucydides Historiae*, ed. H. S. Jones, corrig. J. Enoch Powell, Oxford, 1963 (=1942).

⁴⁹ I,23,4.

⁵⁰ I,88.

⁵¹ Cf. ROMILLY: *op. cit.* pp. 21 ss.

crítica del historiador es clara a este respecto. En tal sentido también es importante la afirmación del escritor sobre que la guerra duró veintisiete años, pues es contraria a lo que se decía a comienzos del siglo IV: que había habido dos guerras, y que Atenas había ganado la primera ⁵².

En el llamado Segundo Proemio ⁵³ aparece un «yo» que Canfora ⁵⁴ ha atribuido a Jenofonte, sosteniendo que tal historiador habría escrito la sección V,25-83 sobre materiales legados por Tucídides. Tendríamos aquí, pues, una distinción entre lo dicho anteriormente ⁵⁵ y alguien que habla en primera persona ⁵⁶.

Pero la estilometría ha comprobado que tal pasaje es plenamente tucidideo. Es cierto que esa sección contiene no menos de 77 palabras que no aparecen en otros lugares de Tucídides, mientras que 40 de entre ellas las hallamos en Jenofonte. Mas la mayor parte de los vocablos son términos relativos a la organización militar y política espartana. Por el contrario, se ha demostrado que 11 de esas 77 palabras son abstractos en *-sis*, y de ellos sólo dos aparecen en Jenofonte, mientras que abundan muchísimo en toda la historia tucididea ⁵⁷. No hay, pues, razón alguna para tener por jenofonteos tales capítulos.

Respecto al libro VIII, Delebecque ⁵⁸ ha querido distinguir tres capas: un relato antiguo ⁵⁹; un relato nuevo ⁶⁰; y un relato unificado ⁶¹, diciendo que la fuente del relato nuevo sería Alcibiades, especialmente en lo referente a los 400 y a las vicisitudes de la flota ateniense en Samos. Sostiene que Tucídides y Alcibiades se habían reunido en Tracia en 406-405. Para Delebecque, Tucídides puso orden en todo el material elaborado personalmente (notas, rectificaciones, juicios breves, digresiones, análisis psicológico y político, descripciones geográficas, discursos) y en el procedente de fuentes exteriores, bien fueran orales o escritas, valiéndose de un método analítico.

Ahora bien, prueba evidente de que VIII es el libro menos revisado de todos lo tenemos en que acabe repentinamente, sin duda, por causa de la repentina muerte de su autor. Los materiales están, en gran medida, en una fase previa a la elaboración, si los comparamos con lo que sucede en el resto de la obra. Se ha afirmado ⁶² que VIII representa

⁵² V,26,1. Cf. DOVER: *Thucydides*, pp. 14 ss.

⁵³ V,26,4-6.

⁵⁴ L. CANFORA: *Tucidide continuato*, Padua, 1970.

⁵⁵ V,26,1: «esto lo ha escrito también el mismo Tucídides el ateniense».

⁵⁶ V,26,4.

⁵⁷ GOMME: Vol. V, pp. 434-436, donde encontramos todo lujo de detalles que nos hacen ver que el pasaje es totalmente tucidideo.

⁵⁸ E. DELEBECQUE: *Thucydide et Alcibiade*, Aix-en-Provence, 1965. Recogió parte de tales teorías en la edición citada en nota 28.

⁵⁹ VIII,1-44; 57,1-63,2; 78-80.

⁶⁰ VIII,45-56; 63,3-77; 81 y 82. Estas secciones procederían de la información suministrada por Alcibiades y estarían compuestas en escenas diferentes, en estructura y composición, de las del resto de la historia.

⁶¹ VIII,83-109.

⁶² GOMME: vol. V, pp. 382-383.

una etapa más antigua que ninguna otra en el proceso de elaboración de la historia tucididea, pero en conexión con lo que ocurre en los libros IV-V en lo tocante a la presencia de documentos, prácticamente sin retocar. No es menester, por tanto, empeñarse en ver en VIII relatos procedentes de distintas fuentes, ni decir, como hicieran los críticos anteriores, que fue editado por la hija de Tucídides, o por Jenofonte, o por Teopompo ⁶³.

Tampoco se acepta hoy la vieja hipótesis de que VI-VII (la guerra de Sicilia) fuera publicada no mucho después de los hechos. Ni siquiera es motivo suficiente para llegar a tal conclusión el hecho de que Tucídides silencie en tal sección la revuelta de Amorges contra el imperio persa, asunto mencionado, en cambio, en VIII ⁶⁴. Se sabe que tal revuelta comenzó justamente antes de la expedición a Sicilia, pero, como en otros casos, el historiador optó por silenciarla, quizá por opinar que era un hecho secundario para el curso de la guerra ⁶⁵. Tucídides, efectivamente, selecciona cuidadosamente sus materiales y elige los que cree importantes para su objetivo central: escribir la guerra entre atenienses y peloponesios ⁶⁶.

La crítica es partidaria hoy de admitir que toda la obra tucididea fue redactada después del 404 a.C. en la forma que nos ha llegado. Con ello se ha infligido un duro revés a quienes pretendían ver dentro de ella una evolución o cambio en los pensamientos y planes del historiador. Resulta inapropiado, entonces, el método historicista que se empeña en buscar dentro de la obra tucididea una prueba de evolución en las teorías historiográficas del gran escritor. No es aceptable la hipótesis de Westlake ⁶⁷ cuando cree encontrar, a partir de la segunda mitad de la historia ⁶⁸ una mayor atención a la personalidad de las figuras históricas, como si a partir de tal momento el historiador se hubiera convencido de que las cualidades de los líderes políticos son factor decisivo en el desarrollo de los acontecimientos.

Así pues, opinión común hoy día entre los filólogos es no admitir capas ni estratos en la obra de Tucídides. Efectivamente, los estudios lingüísticos, especialmente la estilometría, nos han enseñado que, en las obras de los grandes escritores del siglo XIX que han requerido muchos años de elaboración, hay pasajes que han sufrido modificaciones esenciales

⁶³ GOMME: vol. V, pp. 1-4, donde se acogen las diversas críticas que ha suscitado el libro VIII.

⁶⁴ VIII,5,5; 19,2. También la cita Andócides III,29.

⁶⁵ Tampoco menciona el tratado de perpetua amistad sellado entre Atenas y el rey de Persia en 424/423, referido, en cambio, por Andócides III,29. Asimismo se silencia el gravoso aumento de los tributos ocurrido en 425; etc.

⁶⁶ I,1,1.

⁶⁷ D. WESTLAKE: *Individuals in Thucydides*, Cambridge, 1968.

⁶⁸ Desde V,25. Sostiene WESTLAKE que hasta ese punto Tucídides trata a los protagonistas de la historia como personajes típicos, sin reparar en detalles biográficos; en la segunda parte, dice, profundiza en la descripción de los caracteres, especialmente en el caso de Nicias y Alcibiades.

a lo largo de los años, mientras que otros han quedado prácticamente iguales que en la primera redacción.

No es apropiado, en verdad, aplicar sin más métodos historicistas (desarrollo del individuo, cambio ideológico, etc.) al estudio de una obra literaria.

5) Un estudio notable sobre la *estructura* de la historia de Tucídides es, sin duda, el de Rawlings⁶⁹, pues ha mostrado de forma inteligente que el historiador organizó toda su obra en torno al hecho de que la guerra del Peloponeso constaba de una guerra de diez años, una tregua de siete años, y otra segunda guerra de diez años también. Rawlings trata de demostrar, con buenas razones, que Tucídides ha escrito cada una de esas dos guerras teniendo a la vista los sucesos de la otra, de tal suerte que las compara continuamente. De todo ello se deduce una perfecta unidad en la composición de la historia.

Si cotejamos los comienzos de las dos guerras, encontramos una serie de fórmulas y términos que se repiten; un planteamiento etiológico semejante, como si se volvieran a dar las mismas causas y las mismas resoluciones adoptadas. En efecto, en ambos casos se habla de «causas y motivos», llámense «ruptura de los tratados», o «motivo de guerra»⁷⁰; de la decisión de no vacilar más⁷¹; de la clara ruptura del tratado de paz⁷²; y de la guerra abierta⁷³.

Dentro de ese esquema bipartito cabe entender los libros I y VI como introducciones respectivas a las dos guerras⁷⁴. Efectivamente, ambos libros ofrecen una gran semejanza en la forma, aunque difieran profundamente en el contenido, especialmente I, donde Tucídides tiene una gran libertad para seleccionar, yuxtaponer o destacar los hechos.

De la lectura detenida y atenta de I y VI se llega a la conclusión de que las comparaciones y contrastes que establecemos han sido deliberadamente provocadas por Tucídides, que se muestra consumado experto en lograr una verdadera tensión y correspondencia entre forma y contenido. Pero destaquemos algún ejemplo concreto tomado de Rawlings, en donde se advierte la similitud formal y de contenido entre I y VI.

I	VI,1-93
Introducción y arqueología de Grecia (cap. 1-19)	Introd. y arqueol. Sicilia (cap. 1-5)
Metodología y «motivo más verdadero» (20-23)	Motivo más verdad. (6-7)
Cuestión de Corcira (24-55)	Cuestión siciliana (8-26)
Discursos	Discursos

⁶⁹ Cf. RAWLINGS: *op. cit.*

⁷⁰ I,146 y V,26,6.

⁷¹ I,139,3 y VII,18,1. Cf. también VI,93.

⁷² II,7,1 y VI,105,1.

⁷³ I,126,1; II,13,9 y V,25,3.

⁷⁴ Cf. RAWLINGS: *op. cit.*, pp. 58-125.

Atenas debe aliarse con Corcira	Atenas debe ayudar a Segesta.
Disturbios en el imperio ateniense (56-66)	Disensiones en Atenas (27-32)
Conferencias y discursos (67-88)	Conf. y discursos (33-41)
La Pentecontecia (89-125)	Los atenienses en Sic.
Pericles acusado (126-134)	Alcibíades acusado (53-61)
Digresión (Pausanias y Temístocles)	Digresión (los tiranicidas)
Discurso de Pericles (140-144)	Discurso de Alcib. (89-92)
Efectos del mismo	Efectos del mismo
Comienzo de la 1. ^a guerra (I,145-II,1)	Comienzo de la 2. ^a guerra (VI,93)

Examinando estos elementos puede verse que el historiador utiliza prácticamente el mismo vocabulario en ambos casos. Las «arqueologías», por ejemplo, comienzan por un γάρ «en efecto», colocado exactamente como segundo elemento. En los dos casos se critican las opiniones vulgares en torno a la importancia de la guerra del Peloponeso y la de Sicilia. Tucídides arremete contra la escasa exactitud de los poetas⁷⁵. Apunta, en cambio, a sus esfuerzos denodados para encontrar personalmente la verdad de lo acaecido⁷⁶.

En cuanto a la distribución empleada en las asambleas respectivas nos es dado comprobar que los discursos de VI reflejan claramente los de I en número de oradores, ocasión y tema, aparte de numerosos vocablos comunes.

El historiador pone el énfasis donde le interesa para sus fines. En I escoge la primera asamblea celebrada en Atenas, tras la cual se aceptan los argumentos corintios; nos habla brevemente de la discusión política subsiguiente y de una segunda asamblea en que los atenienses cambiaron de criterio. En VI nos refiere, en cambio, la segunda asamblea tras la que los atenienses decidieron enviar naves a Sicilia. Así pues, en I nos presenta una Atenas unida y segura; en VI, una ciudad desunida y vacilante.

En lo tocante a las digresiones⁷⁷, Tucídides aprovecha la ocasión para criticar la opinión comúnmente aceptada, la tradición oral, sobre los sucesos de 514 a.C., el cargo que ocupaba Hiparco y el motivo del asesinato. No es que los tiranicidas mataran a Hiparco porque los tiranos eran violentos, sino que el tirano Hippias se hizo violento tras el acto de Harmodio y Aristogitón. También critica Tucídides con suma dureza el comportamiento del pueblo tras la mutilación de los Hermes. De la comparación de los pasajes respectivos deducimos que el historiador

⁷⁵ I,9,4; 10,3; 21,1; VI,2,1.

⁷⁶ I,20-21; V,2,2.

⁷⁷ I,126-139; VI,53-61.

tiene en cuenta la vida de Temístocles al escribir la de Alcibiádes. Por su lado, el excursus sobre Pausanias parece haber adelantado la actuación de Lisandro durante la guerra, en los años no referidos en nuestra obra.

Por su parte, en los libros II y VII los discursos de Pericles y Nicias ⁷⁸ se corresponden en número, situaciones y problemas, aunque es probable que la lograda antítesis entre ambos personajes sea en cierto grado una creación de Tucídides, que exageró un punto para mejor contraponer la *γνώμη* (inteligencia, razón) frente a la *τύχη* (fortuna, azar). El discurso final de Pericles ⁷⁹ parece estar elaborado pensando en las palabras de Nicias a los soldados tras la derrota en el puerto de Siracusa ⁸⁰; pero, bajo una aparente semejanza de contenido, hay un montón de contrastes e ironías: Pericles habla a los atenienses como ciudadanos, Nicias se dirige a los soldados como miembros de familias; Pericles evita los lugares comunes, Nicias habla al viejo estilo; Pericles pronuncia sus palabras en hermoso lugar de Atenas, Nicias en un triste lugar extranjero y hostil. Entre Pericles y Nicias existían, sin duda, profundas diferencias de carácter, pero la elaborada antítesis de sus discursos es algo totalmente tucidideo.

Ha insistido Rawlings ⁸¹ en que, tras los estudios de Patzer y Finley ⁸², no cabe decir que la historia de Tucídides carece de unidad, sino que, al contrario, el gran escritor compuso su obra siguiendo un cuidadoso plan, elaborando detalladamente cada punto concreto. Tucídides afirma que quiere ser útil al lector. Dice refiriéndose a su obra: «me conformaría con que cuantos quieran informarse de la verdad de lo acaecido y de las cosas que en algún otro momento hayan de ser iguales o parecidas, de acuerdo con la ley de los sucesos humanos, la consideren *útil*» ⁸³. Es decir, pretende que los lectores saquen consecuencias y aprendan al comparar los sucesos históricos, en la firme idea de que el conocimiento del pasado servirá para interpretar mejor el futuro. Por eso divide la guerra en dos partes verdaderamente simétricas y correspondientes, de tal suerte que, mediante tal disposición y distribución de los materiales históricos, el lector se ve impelido a establecer comparaciones y contrastes entre los hechos. Nuestro autor establece así unas leyes psicológicas que dominan y explican el curso de los acontecimientos. Con ello convierte la historiografía en verdadera ciencia.

Tucídides es un historiador científico, pero también un gran literato con pleno dominio de los recursos del idioma. En seleccionar los

⁷⁸ Cotéjense, respectivamente, II,13 y VII,11-15; II,35-46 y VII,61-64; 69,2; II,60-64 y VII,77; II,65 y VII,86.

⁷⁹ II,60-64.

⁸⁰ VII,77.

⁸¹ *Op. cit.*, pp. 255 ss.

⁸² Respectivamente, H. PATZER: *Das Problem der Geschichtsschreibung des Thukydides und die thukydidische Frage*, Berlín, 1937 y J. H. FINLEY (Jr.): *Thucydides*, Cambridge (Mass.), 1942 y *Three essays on Thucydides*, Harvard Univ. Press, 1967.

⁸³ I,22,4.

materiales, en excluir o incluir lo que le interesa, en el énfasis literario con que trata algunos aspectos o personajes se nos muestra como acabado artista. La elaboración literaria de los sucesos históricos no supone ninguna deformación de los mismos. El no manipula los hechos; no prefiere explicarlos antes que exponerlos, como a veces se ha dicho. Gusta de los tipos y sucesos recurrentes, de las comparaciones⁸⁴, pero mucho más del contraste, la antítesis y la contradicción irónica⁸⁵.

6) En los últimos años han aparecido nuevos enfoques sobre los *discursos y la parte narrativa* de nuestro autor. Así, se ha tendido a reducir la consabida oposición *λόγος/ἔργον*, al menos tal como venía siendo planteada a propósito del segundo capítulo metodológico⁸⁶, pues se ha demostrado que en las secciones donde faltan los discursos aparecen documentos que desempeñan la misma función que aquéllos: preparar y adelantar las acciones, y ayudar a conocer sus causas y motivos⁸⁷. Tucídides compartió una opinión muy extendida entre los griegos de su época: que los discursos son con frecuencia los impulsores de las decisiones.

Se ha llegado a la conclusión de que no siempre es posible establecer diferencias entre *discursos directos e indirectos*, pues contamos con la evidencia de que un discurso indirecto puede funcionar como respuesta a otro directo⁸⁸. A veces, Tucídides emplea el discurso indirecto donde un historiador moderno ofrecería un documento y otro tipo de información⁸⁹. Tal sucede, por ejemplo, cuando el historiador nos informa de que el comandante ateniense que se retira de Mileto es Frínico, pero nos ofrece en estilo indirecto el vigoroso discurso con que aquél decidió retirarse. Podemos decir, en general, que cuando tenemos un discurso indirecto es que el historiador desea que el contenido y los hechos pasen a segundo plano. Pero, aparte de eso, el discurso indirecto puede aparecer también donde harían falta varios directos, o sea, funciona, a veces, siguiendo un principio de economía lingüística evidente.

Estudiando los *preámbulos y epílogos* de los discursos, Westlake⁹⁰ concluye que aquéllos son breves, directos y objetivos para no distraer al lector respecto al contenido del discurso mismo. En algún caso, en cambio, el epílogo tiene un verdadero carácter dramático, manteniendo en suspenso al lector hasta el último momento⁹¹.

⁸⁴ En este aspecto ha insistido V. HUNTER: *op. cit.*, y en «The composition of Thucydides' History: a new answer to the problem», *Historia* 26, 1977, pp. 269-294.

⁸⁵ Cf. RAWLINGS: *op. cit.*, pp. 70 ss.

⁸⁶ I,22,1-2.

⁸⁷ Cf. LAUSCHNAT: *art. cit.*, cols. 1146 ss.

⁸⁸ La réplica indirecta de Hermócrates (VI,72,2-5) responde a las palabras directas de Nicias (VI,68).

⁸⁹ DOVER: *Thucydides*, pp. 21-27.

⁹⁰ H. D. WESTLAKE: «The settings of thucydidean Speeches», en *The Speeches of Thucydides*, ed. P. Stadter, North Carolina Univ. Press, 1973, pp. 90-108. Para nosotros es exagerada su opinión de que Tucídides escribió su historia en estilo indirecto y, después, le añadió los discursos.

⁹¹ III,49,4. En oposición a las frías razones de Cleón y Diódoto que anteceden.

Respecto a que los discursos tucidideos no encajan en los cánones retóricos del siglo IV⁹², puede sostenerse sin vacilación que nuestro escritor dominaba los esquemas tradicionales de la retórica, pero, mediante una selección de formas, más bien los oculta y recubre que los saca a la luz, pues, de otra parte, es de sobra conocido su reparo ante las hermosas palabras vacías de contenido. Tucídides se empeña en decir cosas nuevas, que no suenen a manidos tópicos⁹³.

Es opinión común⁹⁴ que el *retrato literario* no nace hasta el siglo IV a.C. en Grecia, y que, en todo caso, ciertos preludios cabe encontrar en Lisias. Pero, examinando el léxico, sintaxis y estilo de los discursos tucidideos, Tompkins⁹⁵ ha señalado que, por poner un caso, si cotejamos las palabras de Nicias con las de Alcibiades⁹⁶, advertimos en el primero abundante número de subordinadas, numerosos verbos impersonales, frecuentes términos abstractos y diversidad de cláusulas concesivas; Alcibiades, en cambio, usa un estilo ligero, práctico, reforzado incluso con un *καὶ* inicial que sólo aquí aparece en contextos semejantes, así como el optativo potencial con valor irónico. Es decir, frente a la vacilación mental y pesada oratoria de Nicias, hallamos un Alcibiades que habla con enorme soltura y confianza en sí mismo.

Dover⁹⁷ ha demostrado que el éforo Esteneladas ofrece una serie de rasgos propios del habla espartana, breve y concisa, lacónica, en suma.

7) La *lengua* empleada por Tucídides ha merecido varios estudios particulares⁹⁸. Aplicando métodos sociolingüísticos, se ha visto⁹⁹ que la lengua de Tucídides presenta dos códigos diferentes: uno, el ático puro; otro, el nuevo ático que dará lugar a la koiné. Así, en nuestro historiador conviven las formas tradicionales áticas, comprobadas por las inscripciones y por el testimonio de los léxicos aticistas, y las innovadoras, extraídas de la tradición jónica anterior, y que terminan por imponerse dentro del ático. Tucídides presenta ciertos rasgos arcaizantes en fonética y sintaxis (secuencias —σσ— y —ρσ—, en vez de las propiamente áticas —ττ— y —ρρ—; preposición *ἐς*; anástrofe con *περί*; omisión del artículo; cons-

⁹² A lo que sabemos por la *Retórica a Alejandro*, de Anaxímenes de Lámpsaco y la *Retórica* de Aristóteles. Fundamentales son también los fragmentos de Cecilio de Caleacte. Los especialistas están de acuerdo en que los patrones retóricos del siglo IV a.C. no siempre sirven para explicar los del siglo V.

⁹³ Cf. VI,86,6.

⁹⁴ Todavía es sugerente el viejo trabajo de I. BRUNS: *Das literarische Porträt der Griechen im V und IV Jahrhundert*, Berlín, 1896. Véase también A. DIHLE: *Studien zur griechischen Biographie*, Gotinga, 1956.

⁹⁵ D. T. TOMPKINS: *Stylistic characterization in Thucydides*, Yale Univ. Press (tesis), New Haven, 1968 y «Stylistic characterization in Thucydides: Nicias and Alcibiades», *YCIS* 22, 1972, pp. 181-214.

⁹⁶ Respectivamente, VI,9-14, VI,20-23 y VI,16-18.

⁹⁷ DOVER: *Thucydides*, p. 23. Cf. I,86.

⁹⁸ Por ejemplo, J. C. CANEVEY: *Verbal variation and antithesis in the narrative of Thucydides*, Yale Univ. Press (tesis), 1977.

⁹⁹ A. LOPEZ EIRE: «Tucidides y la koiné», en *Athlon, Homenaje a F. R. Adrados*, Madrid, 1984, pp. 245-261.

trucción nominal), junto a otros claramente innovadores que hallamos también en la koiné (perífrasis de sustantivo verbal más verbo auxiliar; sustantivación de adjetivos y participios neutros; infinitivo sustantivado con valor consecutivo final; retroceso del superlativo en provecho del comparativo; progresiva pérdida del valor aspectual resultativo del perfecto; pérdida paulatina del optativo; sobreabundancia de usos y valores de *καί*; giros preposicionales en vez de casos; adverbios usados como adjetivos atributivos, etc.).

8) Gran atención se ha prestado en estos años a la enorme riqueza del *contenido* de la historia tucididea. Un sano criterio cada vez más aceptado es el de no aislar el pensamiento de Tucídides respecto al de sus contemporáneos, pues sólo así pueden explicarse adecuadamente determinados pasajes problemáticos. Se había dicho, por ejemplo, que las palabras expresadas por Diódoto¹⁰⁰ sobre la conveniencia de la pena de muerte son realmente pensamientos del escritor. Pero, si confrontamos esos contextos con los de otros autores de aquel momento¹⁰¹, debemos concluir que tales teorías e ideas están en consonancia con el ambiente general de la época.

Un exceso cometido por algunos estudiosos es el de intentar modernizar a toda costa un pasaje concreto, examinándolo con un enfoque equivocado, mezclando y combinando pasajes tomados de lugares diferentes de la obra, y aplicando, en resumidas cuentas, métodos erróneos. Así, partiendo de la afirmación de nuestro autor sobre el gobierno de los 5000¹⁰² se ha sostenido¹⁰³ que Tucídides no era demócrata en absoluto, pues si defiende a Pericles es porque el régimen del estadista, en propias palabras del escritor, «sólo de palabra era democracia, pero, de hecho, el gobierno del primer ciudadano»¹⁰⁴.

Frente a este proceder, domina hoy la opinión de que, a pesar de ciertos pasajes¹⁰⁵, Tucídides debe ser considerado, en el terreno político, un moderado, alejado de cualquier extremismo¹⁰⁶.

A propósito de la verdad histórica, de lo realmente acontecido, se ha venido insistiendo en que las leyes históricas no residen en el principio de certeza, sino en el de verosimilitud. La historiografía, es cierto, tiene unas leyes y persigue la verdad, pero no procede igual que las ciencias de la naturaleza; no busca resultados exactos, sino aproximados¹⁰⁷. Los estudiosos están de acuerdo en que una obra histórica no es ninguna

¹⁰⁰ III,45. Cf. LUSCHNAT: *art. cit.*, cols. 1230 ss.

¹⁰¹ Cf. DEMOCRITO: *Fr.* 257, 258 y 259 sobre la conveniencia de eliminar a los que alteran la sociedad.

¹⁰² VII,97: «durante los primeros tiempos es cuando, viviendo yo, mejor se han gobernado los atenienses, pues se logró una mezcla equilibrada de oligarquía y democracia».

¹⁰³ L. CANFORA: *Erodoto, Tucídide, Senofonte. Letture critiche*, Milán, 1975, p. 28.

¹⁰⁴ II,65,9.

¹⁰⁵ Como el citado VIII,97,2.

¹⁰⁶ Cf. III,82,8; VIII,75,1 donde habla, respectivamente, de los ciudadanos neutrales y de los moderados.

¹⁰⁷ LUSCHNAT: *art. cit.*, cols. 1238 ss.

fórmula matemática que se expresa de una vez en toda su integridad, sino una aproximación a la verdad mediante la descripción de sucesos particulares, tanto individuales como colectivos. Lo decisivo es que el historiador tenga su método y a él se atenga en su obra. El historiador griego antiguo ha de narrar los hechos ajustándose a unas normas y leyes, pero además, tiene que interpretarlos y penetrar en los principios que los rigen.

Hace unos años H. P. Stahl¹⁰⁸ habló de los sucesivos pasos por donde asciende Tucídides hasta la verdad histórica: el técnico-estratégico, el psicológico, el político-histórico y el humano. Concluye Stahl diciendo que la obra tucididea en su conjunto está dominada por una fuerza irracional que hace inútiles todos los cálculos humanos (es excesivo, empero, sostener que el azar, la casualidad, es el único factor decisivo dentro de la historia de Tucídides).

En determinados círculos está de moda acusar a Tucídides de falta de objetividad, de manipulación de los hechos. Pero frente a quienes postulan que el silencio de Tucídides respecto a sus fuentes encubre cierto deseo de ocultar una documentación defectuosa o incompleta¹⁰⁹, están los especialistas que han rastreado en nuestro escritor una notable influencia de las ciencias positivas y experimentales entonces en boga, especialmente la medicina, para las que el examen directo de los hechos, la *ὄψις*, es fundamental¹¹⁰. Otros se han fijado¹¹¹ en que Tucídides adaptó a la investigación histórica ciertos usos de la práctica judicial en el ajustar las palabras a la realidad objetiva.

Tema especialmente sugerente es el del juicio personal de Tucídides respecto a ciertos acontecimientos políticos y militares y a determinadas personas de su historia. En verdad muy pocos son los que para él merecen el calificativo de «buenos» (*ἀγαθοί*) y dotados de «virtud» (*ἀρετή*). Brásidas, Pisístrato y sus hijos, Nicias y Antífonte reciben tal título, mas es paradójico que a ninguno de ellos le acompañara el éxito hasta el final de su vida. En cambio, Cleón es uno de los pocos a quienes nuestro escritor trata con abierta antipatía¹¹². En estos casos, al historiador le basta con seleccionar y destacar unos rasgos determinados y silenciar otros, para, sin necesidad de mentir, despertar la animadversión, o simpatía, del lector hacia determinado personaje. Recuérdese cómo acusa a Cleón de tener recelos de quienes le rodeaban, y cómo narra su muerte en Anfípolis a manos de un peltasta bárbaro¹¹³.

¹⁰⁸ H. P. STAHL: *Thukydides. Die Stellung des Menschen im geschichtlichen Prozess*, Munich, 1966.

¹⁰⁹ Así opina A. PARRY: «Thucydides' Historical Perspective», *YCIS* 22, 1972, pp. 47-61.

¹¹⁰ Cf. SCHEPENS: *op. cit.*

¹¹¹ Por ejemplo D. KURZ: *Akribieia. Das ideal der Exaktheit bei den Griechen bis Aristoteles* (Tesis), Tubinga, 1970, pp. 40-61.

¹¹² Otro es Hipérbolo (VIII,73,3). Cf. DOVER: *Thucydides*, pp. 35-44.

¹¹³ V,10,9.

Episodios como el de Micaleso han mostrado claramente que Tucídides no es ajeno a los sufrimientos del ser humano. Se nos cuenta allí cómo los tracios, tras penetrar en Micaleso, cometen todo tipo de excesos con las mujeres, matan a los ancianos, también a unos niños que acababan de entrar en la escuela, y hasta a unos animales. el escritor, tan parco en palabras por lo común, llama a tal acción «sufrimiento, por su magnitud, en nada menos digno de lamentar que todos los de la guerra» ¹¹⁴.

Episodios como los de Ampracia ¹¹⁵, las guerras civiles de Corcira, la expedición a Sicilia, la peste de Atenas son suficientemente ilustrativos para ponernos en guardia contra quienes pretenden ver en Tucídides un escritor amoral, atento solamente a los implacables mecanismos y consecuencias del poder ¹¹⁶.

Por otro lado, nuestro autor no es ningún ateo, ni crítico de la religión tradicional ¹¹⁷, sino un defensor del sano juicio frente a la irracionalidad y el arrebato. No critica propiamente la religión, sino la superstición. Precisamente relata en varias ocasiones las consecuencias desastrosas a que lleva la superstición. En el diálogo de los melios presenta la incredulidad e irrespetuosidad hacia los dioses como un signo evidente del hundimiento moral a que había llegado el imperio ateniense.

9) Tucídides es un ejemplo magnífico de la *estrecha relación entre forma y contenido*. Impregnado del espíritu ilustrado de su época, se decide a hacer de la historia una ciencia con sus propias normas y leyes, sabedor de que existen unas leyes inmutables que rigen el comportamiento de la naturaleza humana. No obstante, no excluye el azar del decurso histórico; antes bien, le sirve para referirse a todo lo que acaece fuera de cálculo y razón.

Para lograr su empeño nuestro autor necesita un *contenido nuevo*: la guerra entre atenienses y peloponesios. La estudia con una cronología nueva, distinta de todas las usuales hasta entonces y por él tenidas por inexactas. Usa un nuevo método de investigación, desconfiando de la transmisión oral y también de la propia y simple opinión personal ¹¹⁸. Para Tucídides son elementos no pertinentes lo mítico, lo maravilloso, el ser grato al auditorio, las anécdotas y digresiones, la vida privada, la visión teológica de la tealidad. Insiste una y otra vez, a manera de cuño personal, en que puso por escrito, compuso o realizó su obra ¹¹⁹, denotando que no es ninguna ficción literaria.

Si es innovador en el contenido, algo semejante ocurre en la *forma literaria*. Usa una lengua distinta de la habitual en los logógrafos y en Heródoto. Busca la exactitud en el vocabulario, siguiendo una línea iniciadas por los Sofistas. Sabe que está componiendo una obra distinta

¹¹⁴ VII,29-30.

¹¹⁵ III,113.

¹¹⁶ WOODHEAD: *op. cit.*

¹¹⁷ MARINATOS: *op. cit.*, pp. 56-66.

¹¹⁸ I,22.

¹¹⁹ ξυγγράφει. Cf. I,1,1. Cf. DOVER: *Thucydides*, pp. 3 ss.

de todo lo hasta entonces escrito, y para corroborarlo, pone su sello personal, su firma, diríamos, al cabo de casi cada año de guerra, así como al comienzo del segundo Proemio ¹²⁰. Es plenamente consciente de que está componiendo una obra poco agradable para ser oída en público, pero se conforma con ser útil a quienes quieran conocer la verdad de lo ocurrido.

Rasgo científico en su proceder metodológico es acudir a la verosimilitud y recurrir a pruebas y testimonios de lo que dice. Con sus excursos se propone, no entretener ni retardar el tema y objetivo central, sino aclarar, realzar o demostrar algún punto concreto. Valor científico y técnico tiene también su observación sobre el cambio semántico de las palabras ¹²¹, y científico es también el rigor con que maneja el vocabulario médico ¹²² y el de análisis psicológico ¹²³. Igual que hacían los médicos en aquellos años, todo suceso explicado con seguridad era tomado como indicio (*τεκμήριον*) y elaborado por el historiador hasta convertirlo en signo (*σημείον*) de los hechos precedentes y de los futuros. En suma, se trata de un procedimiento semiótico, basado en indicios, que permite extraer consecuencias sobre el futuro y pasado, pues parte de un suceso concreto y a él torna mediante una serie de inferencias lógicas.

La *precisión sintáctica y léxica* y el rigor lógico convierten la narración en una especie de cálculo matemático, especialmente en los discursos antilógicos, donde las tesis contrapuestas se ven reducidas a series de argumentos paralelos susceptibles de ser descifrados mediante el razonamiento. El lector de Tucídides ha de mantener siempre atenta su inteligencia para descifrar los códigos en que está elaborada la obra.

Posiblemente es el *Epitafio* ¹²⁴ donde de manera más visible se percibe la estricta interdependencia de forma y contenido, aunque es perceptible también la ironía tucididea, en virtud de la cual los elementos lingüísticos y literarios son usados con funciones distintas a las habituales. El discurso fúnebre, subgénero aparecido probablemente después de las guerras médicas para encomiar a los muertos en liza, es empleado aquí con una intención bien distinta: elogiar la Atenas de Pericles. Los comentaristas han visto que en el epitafio los tópicos tradicionales (hazañas de los antepasados, el tema de la autoctonía, el elogio de los muertos...) son tratados de forma sumaria. En cambio, al encomio de su ciudad dedica el historiador todos los recursos formales de que dispone. El ritmo anabático, de progreso incesante, de incremento de los miembros sintácticos está presente en toda la secuencia. Si los enemigos y adversi-

¹²⁰ V 26.

¹²¹ III 82, 4.

¹²² Cf. especialmente M. VEGETTI: «Tucidide e la scienza della storia», en *Erodoto, Tucídide, Senofonte, Letture critiche*, ed. L. Canfora, Milán, 1975, pp. 158-166.

¹²³ HUART: *op. cit.*

¹²⁴ II 35-46. Cf. LASSO DE LA VEGA: *art. cit.* (Nosotros no aceptamos la hipótesis de Flashar [cf. nota 5] sobre que el epitafio sea una condena de Pericles y de su política, como responsable de la derrota de Atenas.)

dades que se enfrentan con Atenas son cada vez más importantes, también es creciente el volumen fónico de las palabras, la predicación y los complementos verbales.

Atenas reúne en sí elementos que están normalmente disociados, como el prestigio individual y la igualdad de los ciudadanos ante la ley, la libertad de acción y el respeto a las leyes, la vida cómoda y el valor personal. Es, en suma, un bello ejemplo de predicación antinómica.

En ningún otro documento griego que se nos haya conservado aparece el clímax de los miembros crecientes de forma más palmaria que aquí. El lector se ve impulsado a ascender por la senda de la glorificación de Atenas.